

UNA NOTA SOBRE LA APROXIMACION HISTORICA AL ESTUDIO DEL COMPORTAMIENTO INFANTIL CELOSO

POLAINO-LORENTE, Aquilino.

Catedrático de Psicopatología de la Univ. Complutense de Madrid.

INTRODUCCION

Es difícil encontrar, incluso hoy, una publicación que aborde el estudio sistemático de los celos infantiles. Por eso no extraña que tampoco encontremos este tema muy desarrollado entre las publicaciones consideradas como clásicas y tradicionales. Y, sin embargo, los celos infantiles se han dado en muchos niños desde siempre. En todo caso, la atención que los profesionales de la psiquiatría y de la psicología le han dado a este problema ha variado mucho de unas a otras épocas.

En las líneas que siguen trataré de ofrecer un resumen de cómo el tema de los celos se fue abriendo paso en su propio ámbito disciplinar, hasta el modo en que hoy hemos llegado a conocerlos. A pesar de que pueda caer en un cierto reduccionismo, no me resisto a describir las tres grandes etapas, que considero irrenunciables, en el estudio del comportamiento infantil celoso.

En realidad, ninguna de esas etapas es cronológicamente homogénea, sino que más bien han seguido a lo largo de los años un curso evolutivo zigzagueante. Esto quiere decir que cada una de estas aproximaciones al estudio de los celos han estado más en alza o en baja, según el momento en que las estudiemos, dependiendo probablemente de cuáles fueran las modas -también en la ciencia hay modas-, los usos y costumbres que caracterizaron a aquella etapa concreta en que florecieron.

Como botones de muestra señalaré las que considero son las tres principales etapas en el estudio de los celos infantiles. La primera etapa es, sin duda alguna, la más larga y peor definida, en lo que respecta a sus límites y datación cronológica, ya que se extiende desde la antigüedad a la actualidad. Se trata de la aproximación que desde una orientación clásica se hizo -tanto desde la filosofía, la fenomenología y la literatura,

como también desde la moral-, al tema de los celos aunque formalizado, en cierto modo, con una mayor extensión, como el tema de la envidia.

La segunda, más que una etapa propiamente considerada es consecuencia de la deuda contraída con la primera publicación científica que he podido encontrar (1) sobre esta cuestión, en la que se aborda, de forma breve pero pormenorizada, el tema de los celos infantiles. El autor de la obra es P.N. Filibiliu, está editada por la Librairie Ollier-Henry de Paris en 1887 y lleva un sugestivo título: "Contribución al estudio de la locura en los niños".

La tercera es, qué duda cabe, una etapa bien recortada, aunque con muchas y desiguales ramificaciones y rebrotes durante las dos últimas décadas. Me refiero, claro está, a la perspectiva adoptada por el psicoanálisis respecto de la interpretación los celos infantiles. Esta etapa se prolonga de forma continuada hasta la actualidad, habiendo desempeñado un papel preponderante en el modo como se ha entendido este comportamiento. En la actualidad, la psicología del aprendizaje parece comenzar a recuperar este tema para la investigación, al retomarlo desde una nueva perspectiva metodológica (la observación del comportamiento y de la interacción entre el niño y sus padres, hermanos y compañeros), a la que desde aquí le auguro un fecundo éxito.

FENOMENOLOGIA DE LA ENVIDIA: UNA APROXIMACION CLASICA AL ESTUDIO DE LOS CELOS

El estudio de la conciencia celosa tiene una larga tradición en el ámbito de nuestra cultura y de sus más diversas manifestaciones. Los celos han sido analizados por los filósofos, quienes han hecho pormenorizadas y sistemáticas descripciones fenomenológicas de ellos, con el fin de que no se confundan con otras posibles pasiones.

Pero no sólo los filósofos se ocuparon de ellos. Podemos rastrear las referencias a los celos y a la envidia, a todo lo largo de la literatura universal: desde el mundo griego a la actualidad. Son numerosas y muy valiosas las aportaciones que desde la poesía, el teatro o la novela se han hecho sobre cuestiones antropológicas tan elementales y universales como ésta. Por eso, considero que no es renunciable prescindir por completo de estas diversas y numerosas aportaciones. En las líneas que siguen mostraré, aunque sólo sea a modo de ejemplos, algunas de ellas.

Esquilo alaba el don más que la actitud de quienes pueden contemplar la dicha ajena sin sentir envidia de ella. "Solo a pocos -escribe- fue dado en el nacimiento el regalo de poder alabar sin envidia al enemigo afortunado". Considera que esta capacidad tiene que haber sido dada al hombre, ya que con sus propias fuerzas no es alcanzable. Pero tampoco queda muy claro en el mundo griego quien puede salvar al hombre de la envidia, puesto que en Homero se suscita un nuevo concepto, némesis, que andando el tiempo se transformará en una diosa que es enemiga de la excesiva fortuna, como aparece en las obras de Herodoto y Píndaro. En estos autores aparece

insistentemente la idea de que el hombre ha de expiar la felicidad con la desgracia, que el excesivo éxito atrae la desgracia, por lo que él mismo comporta ya un cierto peligro. No cabe duda que la envidia, a pesar del fatalismo que puedan encerrar los anteriores conceptos, constituye un rasgo característico de la democracia ateniense. Pero de ella no están libres ni siquiera los dioses, quienes también pueden sentir envidia del éxito de los hombres, sobre todo cuando aquel se acompaña de presunción y arrogancia.

"El griego es envidioso -escribe Nietzsche- y no cree que esta cualidad sea una mancha, sino efecto de una divinidad bienhechora: ¡qué abismo de valoración ética entre ellos y nosotros! Como es envidioso, siente que todo exceso de gloria, riqueza, resplandor y felicidad atrae sobre sí el ojo envidioso de un dios y teme esta envidia; y entonces recuerda al dios que la suerte del hombre es perecedera, tiene miedo de su felicidad y, sacrificando lo mejor de ella, escapa a la envidia divina".

En realidad, el envidiado suscita y estimula muchas veces la envidia en el envidioso, a través de sus manifestaciones de prepotencia arrogante. A partir de aquí, una vez que la envidia ha sido suscitada, el envidioso arremeterá infatigablemente contra el envidiado, sin darse al descanso él y sin permitirle descansar al envidiado. Se cierra así un funesto y patológico ciclo, del que nadie obtiene nada bueno, ni el envidiado ni el envidioso.

Nada de particular tiene que desde la antigüedad se haya tratado de impedir o neutralizar la acción de este factor desencadenante de los celos que es la presunción. Una ley romana que se extendía a toda Italia, la Lex Didia, y que fue promulgada siglo y medio antes de Cristo, prescribía el castigo no sólo de la persona que invitara a banquetes lujosos, sino también de todos cuantos a ellos asistieran. La Iglesia católica aconsejó siempre la modestia en contra del boato y de las manifestaciones suntuarias que tanto daño causan a quienes menos tienen y a su través también a los que nadan en la abundancia. Gracias al recato enseñado desde siempre por la Iglesia muchos príncipes y reyes del occidente cristiano dieron ejemplo con su sobriedad personal, dictando medidas que trataban de regular el uso de estas prácticas (así, por ejemplo, la prohibición de Carlos V de vestir tejidos confeccionados en los Países Bajos con oro y plata).

En los libros del Antiguo Testamento encontramos numerosas referencias sobre esta forma de comportamiento. "La envidia es la caries de los huesos" se lee en el libro de los Proverbios y un poco más adelante se nos advierte de que "el que se goza del mal ajeno no quedará impune".

Este mal está tan extendido que, como se afirma en el Eclesiastés, "todo trabajo y todo cuanto de bueno se hace mueve la envidia del hombre contra su prójimo", mostrándonos un poco después los rasgos característicos del envidioso: "Es malo el de ojos envidiosos, el que vuelve el rostro y desprecia a las personas". "La envidia -puede leerse en el libro de la Sabiduría- no tiene nada que ver con la sabiduría"; acaso

precisamente por eso, como se nos dice en el libro de Job, "al insensato le mata el enojo, y al necio la cólera".

Las aportaciones del mundo clásico nos sitúan, una vez más, ante el misterio de la conciencia envidiosa, originadora de los celos. En efecto, el hombre gusta de compararse con otros hombres (especialmente si de allí sale favorecido), a la vez que detesta que a él se le compare con otro (sobre todo si, como resultado de esas comparaciones, queda en un plano inferior).

En una homilía sobre la envidia, San Basilio nos hace un excelente retrato psicológico del envidioso. "Así como los buitres, que pasan volando por muchos prados y lugares amenos y olorosos sin que hagan aprecio de su belleza, son arrastrados por el olor de cosas hediondas; así como las moscas, que no haciendo caso de las partes sanas van a buscar las úlceras; así también los envidiosos no miran ni se fijan en el esplendor de la vida, ni en la grandeza de las obras buenas, sino en lo podrido y corrompido; y si notan alguna falta de alguno (como sucede en la mayor parte de las cosas humanas) la divulgan, y quieren que los hombres sean conocidos por sus faltas" (...) "los envidiosos llevan retratado en su cara el mal de que adolecen. Sus ojos son áridos, los párpados caídos, contraídas las cejas, el ánimo inquieto por torvo afecto y faltos de un juicio recto para apreciar la verdad" (...) "los perros se hacen dóciles con el alimento que se les da, y los leones, cuando se los cura, se hacen tratables: pero los envidiosos se hacen más insufribles y más ofensivos con los obsequios y beneficios".

Aunque en la literatura moderna y contemporánea hay piezas de teatro magistrales y novelas, en las que monográficamente se han tratado estos temas, es forzoso acudir a los filósofos de nuestra época para zambullirnos con ellos en la fenomenología de la conciencia envidiosa. Cuando menos, resulta imprescindible citar aquí a dos autores relevantes: Soren Kierkegaard y Max Scheler. El primero, por haber estado muy atinado al denunciar este tipo de corrompidos comportamientos entre los conciudadanos de su época, en el estudio magistral que hizo a propósito del resentimiento; y el segundo, por haber afrontado abiertamente el estudio fenomenológico de la conciencia celosa.

Kierkegaard es, que duda cabe, uno de los autores imprescindibles en el estudio de la envidia. Sigamos su consejo: "Si alguien quiere saber algo sobre disgustos y sinsabores, que estudie la envidia humana, un estudio que yo recomiendo y en el que me figuro haber penetrado a fondo" (...) "Esto es la envidia. Está pronta a abandonar a un hombre, pero no a abandonarle en el sentido de permitir que caiga; está pronta a contribuir a su caída. Y cuando ya esta caída es segura, entonces la envidia se apresura a esconderse en su tétrico rincón e invita a su aún más odiosa prima hermana, la alegría del mal ajeno, a regocijarse con ella, para su propio mal. (...) La envidia es oculta admiración. Un admirador que advierte que la entrega no puede hacerle feliz, prefiere envidiar lo que admira. Y entonces habla otra lengua. Y en esta lengua se dice que lo que propiamente admira es una nadería, es, bien considerado, una cosa tonta y fea y

desafortunada y exagerada. La admiración es un feliz perderse a sí mismo, la envidia un infeliz afirmarse a sí mismo".

Max Scheler aborda la fenomenología del hombre envidioso en su libro sobre el resentimiento. Para Scheler, "la envidia impotente es al mismo tiempo la más terrible de las envidias. Por eso, la envidia que desencadena el más poderoso cuadro de resentimiento es aquella que se refiere a la esencia y el ser individual de una persona extraña: la envidia existencial. Esta envidia parece susurrar constantemente: "todo te lo puedo perdonar, menos que existas y que seas la esencia que eres, menos que yo no sea lo que tú eres, menos que 'yo' no sea 'tú'. Esta 'envidia' despoja radicalmente a la persona extraña de su mera existencia, que es sentida, en cuanto tal, como 'presión', como 'reproche', como terrible límite de la propia persona".

LOS CELOS EN UNO DE LOS PRIMEROS MANUALES DE PSIQUIATRIA INFANTIL

Pierre-N. Filibiliu (1887) apenas si dedica dos páginas en su libro a abordar el tema de los celos en el niño. Y a pesar de su brevedad, sus aportaciones constituyen para nosotros un verdadero tesoro, puesto que incide frontalmente en el tema de los celos infantiles, revisando lo que otros autores antes que él han aportado al tema y ofreciéndonos una clasificación que, desacertada o no, sí que nos orienta acerca de las graves consecuencias psiquiátricas que pueden tener los celos en el niño.

El epígrafe que reúne toda esta información en su viejo manual de hace más de un siglo, lleva por título la "locura celosa", un término éste que, sin duda alguna, es apenas el eco de una anterior publicación del gran psiquiatra infantil Moreau de Tours, relativa a los celos, publicada bajo el título de "De la folie jalouse". Siguiendo a este autor, se definen los celos como "una disposición a querer poseer algo para sí solo, que se acompaña de inquietud y de aversión contra aquellos que se suponen pretenden la misma posesión". Desde esta perspectiva, los celos infantiles se entienden como un trastorno más cercano y propio de las conductas de apropiación que de las alteraciones afectivas.

"Pero -continúa la cita de Moreau de Tours-, este exceso en la posesión hace que los celos se transformen en un verdadero delirio parcial o monomanía, extraviando el ejercicio de la libertad moral y pudiendo conducir al individuo a actos temibles". En este breve y atinado fragmento se nos ofrece una valiosa información, hasta el punto de que parte de ella está todavía por dilucidar.

En primer lugar, Moreau de Tours nos hace ver el puente de unión existente entre los celos, el comportamiento moral y la pérdida de la libertad. Desde esta perspectiva se hace ver que el tema de la envidia ha estado siempre tan próximamente vinculado con el problema de los celos, hasta el punto de ser difícil distinguir al uno del otro.

En segundo lugar, el autor apunta hacia las funestas consecuencias que pueden derivarse del comportamiento celoso.

Por último, en tercer lugar, el autor califica a los celos con el duro término de "delirio parcial o monomanía", lo que merece la pena comentarlo dado que, en mi opinión, constituye una cuestión que es clave y medular en la aproximación psicopatológica al estudio de ciertas formas de celos infantiles.

¿Qué se propuso significar el autor al emplear este término de "delirio parcial o monomanía"? Pues, sencillamente, que los celos -o al menos algunos de ellos- no siempre son evitables por parte de quienes los sufren; que en algunas circunstancias pueden adoptar una estructura muy parecida a las ideas obsesivas o a los pensamientos impuestos, frente a los cuáles el paciente pierde su libertad.

He empleado intencionadamente en este caso el término de paciente -a pesar de que la mayoría de los niños celosos sean completamente normales-, por considerar que algunos de ellos son realmente pacientes y de cierta gravedad, dado que pueden evolucionar hacia la psicosis o hacia graves perturbaciones de la personalidad. Por consiguiente, esta afirmación supone que los celos no siempre pueden entenderse y reducirse a un mero comportamiento típico de un periodo evolutivo o a un modesto rasgo neurótico que está llamado a desaparecer de forma espontánea, en la medida que la afectividad del niño madura.

Esto mismo es lo que el autor afirmará un poco más adelante al explicarnos porqué incluye la enfermedad de los celos en la clase de las monomanías. "Un tal monomaniaco -continúa el autor refiriéndose a los niños celosos-, dominado por el pensamiento de que tal o cual persona es su encarnado enemigo, lo detestará y deseará su desaparición".

Esta monomanía es tanto más importante por cuanto que la inteligencia del niño celoso está intacta, lo que hace que tal alteración pase inadvertida, mientras que el niño se incorpora con pleno dercho a la vida social, sin que nadie le ayude a superar su error cognitivo.

Pero es aquí donde pueden suscitarse los mayores conflictos, precisamente a través de sus insinuaciones impulsivas, del abuso de los que le rodean, de su gran capacidad para desnaturalizar las acciones, palabras e intenciones de las personas que están ausentes, etc.

"El niño celoso -añade Filibiliu- está siempre predispuesto a hablar mal, atribuyendo infundadamente toda especie de malas cualidades a las personas que odia. El busca la intriga y la indisposición de unos hombres contra otros. El reconocimiento es para él una palabra desconocida; la ambición, el egoísmo y el orgullo fomentan en él las ideas de venganza".

Hasta aquí el concepto y la descripción de los celos infantiles tal y como se contempla desde una clásica y valiosa perspectiva psicopatológica: la del manual de Filibiliu.

FREUD Y LOS CELOS

En la pluma de Freud, los celos infantiles se aligeran, perdiendo la carga psicopatológica que tenían en el contexto de la psiquiatría tradicional y recargándose -equivocadamente, desde mi perspectiva- de conflictividad sexual. Los celos asientan en medio del corazón de la teoría psicoanalítica, pues forzosamente se les relaciona con el complejo de Edipo (el odio del niño por el padre al frustrarle y no poder satisfacer su amor por la madre), un complejo éste que después de casi un siglo desde su formulación, todavía hoy no ha sido probado. Según esta teoría, los celos están en el origen de la agresividad que el niño siente hacia su padre y forman parte, por extensión, de la rivalidad entre hermanos.

Como puede observarse, según esta versión, todo niño se encuentra con el conflicto de no poder eludir el obstáculo significado por la presencia del padre, ante su tendencia a la posesión exclusiva del amor de la madre. Claro que nadie ha demostrado que no pueda suceder al revés, que sea la madre la que se oponga a la satisfacción de una semejante tendencia en el niño, respecto de su padre. Del mismo modo, tampoco se entiende por qué el niño tiende a la posesión exclusiva de la madre y no a la del padre.

Al derivar los celos infantiles del complejo de Edipo, el autor nos enfrenta con una difícil situación, puesto que habrá que concluir -sin ningún dato en que fundarnos-, que los celos no pueden estar presentes en aquellos niños que no hayan sufrido dicho complejo. Pero como, por otra parte, Freud extiende el complejo de Edipo a todos los niños (como una etapa evolutiva más por la que inexorablemente todos han de pasar), en ninguno de ellos ha de faltar en su momento preciso el comportamiento celoso. De otro lado, Freud sitúa la aparición del comportamiento celoso infantil entre los cuatro y los seis años de edad, lo que de ser cierta su teoría sería imposible la aparición de los celos en niños menores de cuatro años, dato que en la actualidad resulta insostenible, si nos atenemos a los hechos comunicados por numerosos autores.

Si a esto añadimos la nula predicción de las teorías freudianas; las numerosas contradicciones entre las diversas formulaciones que de una misma teoría hizo su autor, en diferentes épocas de su vida, a lo largo de las diversas exposiciones que nos han quedado en su larga obra; y las muy desiguales interpretaciones que de los celos se han puesto en circulación por sus contradictorios discípulos, forzoso es concluir que nada puede concluirse respecto de la teoría psicoanalítica, en lo relativo al comportamiento del niño celoso.

Los celos infantiles han sido reducidos por los psicoanalistas a un solo tipo: los celos condicionados por la percepción entre hermanos de las diferencias sexuales que,

de acuerdo con cada género, a cada uno de ellos les caracteriza. Entre los psicoanalistas que más contribuyeron a este reduccionismo inadmisible de los celos infantiles es obligado citar aquí a Bettelheim (1954), Melanie Klein (1957) y Suttie (1935).

Los dos primeros -aunque con desigual fortuna personal- divulgaron el tópico de que los niños sentían celos de sus hermanos por verse desplazados y parcialmente obligados por éstos (especialmente por los más pequeños) y por sus padres a renunciar al amor y las atenciones que hasta entonces recibían de sus madres; las niñas, en cambio, por sentir envidia únicamente de las diferencias anatómicas que caracterizan al género masculino y que en ellas, obviamente, no están presentes.

Ian D. Suttie (1935) explica el origen del odio en el hombre, apelando únicamente a los celos entre hermanos, que denomina con el término de celos de Caín o complejo de Caín. Según su teoría los celos entre hermanos son biológicamente inevitables, constituyendo una experiencia vivencial muy temprana e importante, también vinculada a la sexualidad, de la que deriva nada más y nada menos que el proceso de socialización del niño que será orientado, de una u otra forma, en función de cómo se haya resuelto esta experiencia.

Pero no todos los psicoanalistas vinculan los celos con la represión de esos deseos sexuales o libidinosos o con los "traumas" significados por la limitación de no parecerse morfológicamente al otro. Recientemente, algunos psicoanalistas como Barth (1988) sostienen que es un atentado contra la salud psicológica del niño el tratar de evitar que sufra cualquier dolor o injuria respecto de su propia autoestima, ya que si eso ocurriera el comportamiento celoso aparecería entonces inevitablemente. Lo mismo sucede en lo relativo a la práctica de tratar de mantener en el niño a toda costa un sentimiento positivo respecto de su valía personal, evitándose cualquier experiencia traumática sobre este particular.

Tal y como aconseja Barth, el niño, desde un principio, debe aprender a valerse por sí mismo respecto de estas experiencias -que, por otra parte, constituyen un hecho común en cualquier vida humana-, de manera que sepa evitarlas, así como la envidia y los celos que de ellas puedan surgir, o enfrentarse a estos últimos y tratar de resolverlos en el caso de que aparezcan.

Por vía de la represión -concluye- no se alcanza a entender cómo los celos puedan resolverse; sólo cuando se afrontan los celos y se aprende a convivir con las personales limitaciones que cada niño tiene -sin hacer de ellas un problema-, los celos acaban por resolverse, siendo el resultado mucho mejor para el desarrollo psicológico y la salud del niño.

NOTAS

(1).- Agradezco aquí la valiosa ayuda que me ha prestado en la búsqueda bibliográfica la Prof^a Edelmiara Domènech, sin la que no hubiera tenido conocimiento de ésta y otras publicaciones.

BIBLIOGRAFIA

- 1.- BARTH, F.D. (1988): "The role of self-esteem in the experience of envy". American Journal of Psychoanalysis, 48 (3): 198-210.
- 2.- BETTELHEIM, B. (1954): "Symbolic Wounds. Poverty Rites and the Envious Male". Londres.
- 3.- ESQUILO: "Tragedias".
- 4.- FILIBILIU, Pierre-N. (1887): "Contribution a l'étude de la Folie chez les enfants". Paris: Librairie Ollier-Henry.
- 5.- FREUD, A. (1976): "Psicoanálisis del desarrollo del niño". Paidós, Buenos Aires.
- 6.- FREUD, S. (1959): "El final del complejo de Edipo". Obras completas, tomo XIV, Madrid: Biblioteca Nueva pág. 278.
- 7.- KIERKEGAARD, S. (1954): "Gesammelte Werke". Düsseldorf.
- 8.- KLEIN, M. (1957): "Envy and Gratitude. A Study of Unconscious Sources". Londres.
- 9.- NIETZSCHE, F. (1905-1913): "Gesammelte Werke". Neue Ausgabe, 19 vols.
- 10.- SCHELER, MAX. F. (1954): "Gesammelte Werke". Edición María Scheler
- 11.- SUTTIE, I.D. (1935): "The Origins of Love and Hate". Londres.